

## CAPITULO XIV.

### Intrigas de Flor de Palma.

**L**A retirada de Caonabo produjo una gran impresion entre los indios.

Cuando él, el formidable guerrero, terror de los caribes, no habia podido someter á un puñado de españoles, difícil era que ellos lo lograsen, y en la dura alternativa de perecer ó de sufrir el dominio de los extranjeros, era muy grande el número de indios que obtaban por lo último.

Durante la ausencia de Caonabo habian ido al lado de su esposa Anacaona, Boechio y Guacanajari.

Guarionex y Gayacoa acompañaron à Caonabo.

Miéntas que estos guerreros sostenian el asedio del fuerte de Santo Tomás, Guacanajari experimentaba una viva ansiedad.

Si, como temia, eran vencidos los indios y llegaba Colon á apoderarse de él, ¿cómo justificaria á sus ojos la deslealtad que habia cometido?

En vano ocultaba á Anacaona y á Boechio la triste situacion de su espíritu.

Toda la historia de su pasado se apareció á su imaginacion como un fantasma amenazador.

Se consideraba esclavo de su pasion, y veia que, obedeciendo à su influjo, habia causado la muerte de Anacaona; que habia contribuido á la destruccion de la fortaleza de la Na-

vidad por robar la imágen de la Virgen; que más tarde, despues de haber obtenido el perdon del jefe de los extranjeros, seducido por Flor de Palma, habia faltado á su palabra, habia engañado á Colon, y de soberano de Haiti que era, habia tenido que abandonar sus Estados, viviendo bajo el amparo de otros caciques inferiores á él.

Todos estos delitos debian atraer sobre su isla la cólera del cielo, y no dudaba un solo instante de que Caonabo volveria derrotado.

Flor de Palma era el único sér que tenia alguna influencia sobre su abatido espíritu.

Ella le sorprendia en sus horas de desconsuelo.

Acercaba á sus labios la copa del placer y le embriagaba.

Pero al despertar de aquel letárgico sueño, volvía el fantasma á presentársele, y buscaba en la soledad y en el silencio alivio á sus pesares.

Flor de Palma, astuta y ambiciosa, llegó á comprender que sus esfuerzos serian inútiles para calmar el debilitado espíritu de Guacanajari.

El remordimiento roía su corazon como un gusano.

La sombra de la muerte se proyectaba sobre sus pálidas mejillas, sobre su abatida frente.

Si Guacanajari moria, tendria que renunciar á sus ensueños ambiciosos.

Flor de Palma empleó sus artes para despertar una pasion en Boechio.

Era imposible resistir à los encantos de Flor de Palma.

La sangre europea que ardia en sus venas daba á todo su sér un atractivo poderoso para los indios.

Boechio cayó en el lazo que le tendió Flor de Palma.

Por consejo de ésta, viendo lo triste que estaba, volvió Guacanajari en su compañía á Marien.

Antes de partir dijo Flor de Palma á Boechio que fuera á verla.

Dos dias despues abandonó Boechio la residencia de su hermana Anacaona, y allí un amigo fiel le dirigió al palacio de Guacanajari.

Flor de Palma colocó cerca de la hamaca de su esposo unas yerbas que producian un sueño pesado, y habló con Boechio.

El cacique la pintó el inmenso amor que le habia hecho sentir.

Flor de Palma le dijo que era fiel, y que lo seria siempre.

—Solo en el caso de perder á mi esposo seré tuya, exclamó.

Los dos hablaban bajo los tamarindos próximos al palacio de Marien.

Casi al rayar el alba se separó Boechio de Flor de Palma.

La india, ébria de gozo, porque habia realizado su objeto, iba á entrar en el palacio, cuando una flecha envenenada traspasó su corazon.

Cayó lanzando un lastimero gemido.

Acudieron algunos indios de la servidumbre de Guacanajari á socorrerla.

El mismo rey, saliendo de su letargo por haber perdido la planta su virtud, asistió á un espectáculo doloroso.

¿Quién habia atravesado el pecho de Flor de Palma?

Era un misterio para todos los indios.

Boechio volvió tranquilamente sin saber lo que pasaba adonde estaba Anacaona

Su fiel amigo le acompañaba.

Desde que se separó de Flor de Palma habia estado á su lado.

Por la noche llegó la noticia de la muerte de la esposa de Guacanajari.

Imbila, la favorita de Boechio, oyó la nueva con brutal alegría.

—Como ella, dijo á Boechio, morirán todas las mujeres en quien pongas los ojos.

No habia duda.

En extremo celosa, habia comprendido los deseos de Flor de Palma, y al partir Boechio habia enviado un indio de toda su confianza con la orden expresa de matar á la seductora de su amante.

El indio habia obedecido sus órdenes.

Guacanajari vió un nuevo castigo en aquella muerte.

Su afliccion no encontraba consuelo.

Poco despues fueron á noticiarle la llegada de Caonabo, la derrota de su ejército y el triunfo de los defensores de la fortaleza de Santo Tomás.

Al mismo tiempo, en nombre de Caonabo, le llamaban á asistir á una junta de caciques para resolver lo que debian hacer en tan crítica situacion.

No tuvo más remedio que acudir.

Pero estaba resuelto á oponerse á cualquier acto agresivo de los indios contra los españoles.

Su arrepentimiento era sincero, y queria de aquel modo recuperar la amistad de Colon, que habia perdido inducido por Flor de Palma.

Todos los caciques acudieron al llamamiento de Caonabo.

Los más valientes guerreros acudieron tambien á aquel conciliábulo solemne, en el que Anacaona ocupaba el puesto de honor.

—Los extranjeros nos han vencido, dijo Caonabo. Sus armas han diezmando nuestras filas, los leales han perecido, los cobardes han buscado en la fuga su salvacion; pero aunque hemos sido derrotados, todavía podemos obtener el triunfo si unidas todas las fuerzas de que podemos disponer, resolvemos exterminarlos ó morir todos á sus manos.

Anacaóna excitó á todos á luchar.

—Los extranjeros, dijo, saquean las chozas de nuestros hermanos, los asesinan cobardemente, ultrajan á sus esposas, se creen dueños de nuestra patria. Yo misma estoy dispuesta, si es preciso, á conducirlos á la pelea.

Los caciques soberanos hablaron por su turno.

Guarionex fué el primero que se manifestó dispuesto á combatir.

—Los hijos de mi reino, exclamó, son los que más vejaciones han sufrido. Todos guardan en su corazón un odio profundo hácia los extranjeros. Antes que resistir su ominoso dominio, moriré, si es preciso, luchando por la patria.

Gayacoa ofreció concurrir á la lid con todos los habitantes de las llanuras de Higüey.

Boechio ofreció el concurso de todos los habitantes de Xaragua.

De los cinco soberanos, cuatro estaban resueltos á morir ó á triunfar.

—¿Y tú, rey de los reyes, preguntaron á Guacanajari, te unirás con nosotros?

—Yo no, exclamó en medio de un asombro general el soberano de Marien.

—¿Nos abandonas?

—Sí, hartó he faltado á mis deberes siguiendo vuestros consejos. ¿Habeis olvidado que la llegada de los extranjeros es providencial? ¿No recordais que su venida fué profetizada hace tiempo, y que al considerarlos como enviados del cielo, y al llamarnos sus amigos, hicimos grata á Vagoniana nuestra conducta?

—¿Y tú olvidas, exclamó Caonabo fuera de sí, que esos miserables han sembrado la desolacion y el espanto en nuestro territorio?

—Porque tú has excitado su indignacion acometiendo á sus soldados, incendiando su fortaleza.

—Piensa bien lo que dices.

—Está pensado. En vano trataria de oponer mi fuerza á las vuestras. Sin mi concurso sois bastante fuertes para luchar.

Yo estoy seguro de que siempre sereis derrotados, porque al lado de los extranjeros lucha una fuerza superior, que en vano tratareis de quebrantar.

Yo vuelvo á mis dominios; os dejo en libertad de hacer lo que querais.

Si vuestra causa es santa, que Vagoniana os dé el triunfo y á mí el castigo.

Si, como creo, vais á desobedecer las leyes de quien puede más que todos nosotros juntos, cuando vosotros perezcais, yo imploraré el perdon de los extranjeros y viviré tranquilo, desempeñando mi mision al borde de vuestras tumbas malditas.

Al oír aquellas palabras Caonabo, enfurecido, quiso precipitarse sobre Guacanajari.

Todos los demas caciques le contuvieron.

—No, dejadle marchar, dijo Boechio.

Poco nos importa que nos abandone con su gente. Débiles y cobardes, huían ante el enemigo. Que nos abandone: despues del triunfo, en vez de ser nuestro rey será nuestro esclavo.

Guacanajari se dispuso á partir.

—¿Que la maldicion de Vagoniana te acompañe! exclamaron todos.